

## Atrapadas en la morgue

La habitación estaba a oscuras y tan solo el reflejo de las luces de emergencia permitía adivinar las siluetas de los cadáveres sobre las mesas de reconocimiento. Fedra hizo una señal con la cabeza, había llegado la hora.

Antes de atreverse a encender la linterna, Julieta entreabrió la puerta del armario. Aguzó el oído. Nada. Hacía tiempo que el profesor había abandonado el laboratorio y mucho más que no se escuchaba a los estudiantes concentrados en diseccionar aparatos digestivos. No había nadie, vivo al menos, así que presionó el interruptor de su linterna y el clic rebotó en las paredes del laboratorio, haciéndose eco en cada uno de los tarros de cristal que atestaban las estanterías. De forma instintiva dirigió el haz de luz hacia el cadáver más cercano con la intención de comprobar que no se hubiera despertado tras aquel escándalo. La luz le señaló un rostro seco y marcado por el bisturí de los estudiantes.

La voz de Fedra trajo algo de vida a aquel espacio de muerte.

-Hay que darse prisa. Pronto vendrá el celador para llevarse los cadáveres.

Pero Julieta era una estatua de piedra. Aquel había sido su primer encuentro con la muerte.

-¡Muévete! Te juro que no quiero pasar aquí toda la noche y la idea fue tuya. Así que vamos. Tu revisa las estanterías que yo me encargo de la mesa del profesor.

Aquella había sido su idea. Sí, Fedra tenía razón. No era momento de andarse con tonterías. Apartó la vista de aquellos ojos ciegos y se puso a buscar en las estanterías.

-Esto es más duro de lo que pensaba -confesó mientras trataba de no fijarse en un tarro con contenido gelatinoso-. ¿Cómo pueden comer carne después de ver esto?

-¿Quiénes?- Fedra estaba concentrada en la búsqueda.

-Pues quiénes van a ser. Los estudiantes de medicina: Ana, Héctor y compañía.

El nombre de Ana resonó en la mente de Fedra. ¡Qué demonios! Jamás se hubiera metido en semejante lío por aquella idiota. Es más, si suspendía y la echaban de la carrera merecido se lo tenía por andarse con estupideces. Por enamorarse de la persona equivocada.

¿Por enamorarse de la persona equivocada? Fedra contempló por un instante a su compañera. Julieta sí era una chica que merecía la pena. Una amiga leal. Una amiga, tan solo eso, pero a la que nunca podría abandonar en una situación como aquellas. Eran *roommates*, incondicionales o, al menos, eso quería pensar.

-¡Mierda!

Sin querer había empujado una probeta que se hizo añicos contra el suelo. Si el clic de la linterna les había asustado, aquello les aterrorizó. Probablemente se habría escuchado hasta en la azotea y el puesto del celador estaba al final del pasillo. Por unos instantes se quedaron inmóviles, con el oído atento, pero nada se escuchó, nada cambió. Así que continuaron con la búsqueda hasta

que en una gaveta encontraron lo que tanto deseaban: una pila de folios con las respuestas del final de Anatomía.

Dividieron los exámenes en dos grupos y sentadas, Fedra en la silla del profesor y Julieta directamente sobre la mesa, pasaron hoja tras hoja hasta dar con el de Ana. El espacio de las respuestas estaba casi vacío y lo poco que había escrito estaba con letra insegura y emborronada por las lágrimas.

La siguiente parte del plan era dar el cambiazo. Héctor les había ayudado con las respuestas del examen y ahora solo quedaba imitar la firma del profesor en cada una de las hojas. Eso era tarea de Julieta.

-Para que salga bien hay que darle la vuelta al folio. Así no ves una firma, sino simplemente un dibujo que es mucho más fácil de copiar.

-Eso lo aprendiste en una película.

Julieta sonrió.

-Pues claro. ¿De qué otro modo si no?

Estaba en medio de esta tarea cuando vio la señal de silencio de Fedra. Se oían pasos irregulares que se acercaban por el pasillo. Julieta recogió los exámenes y se escondieron en el armario. Al cabo de unos instantes escucharon como se abría la puerta del laboratorio.

-¡Aquí están mis compañeros de juerga! ¿Qué os han hecho hoy?

La voz del hombre sonaba achispada. La vida de un celador debía ser dura, pensó Julieta. Sobre todo la de un celador que noche tras noche tenía cadáveres como toda compañía.

Pero este pensamiento compasivo tardo poco en desvanecerse. A través de una rendija en el armario, Julieta alcanzó a ver cómo el celador sacaba una licorera y le daba un buen trago mientras destapaba uno de los cuerpos.

El cadáver era de una mujer joven. A través de su piel de pergamino se podía adivinar que en su día tuvo unas facciones hermosas y un cuerpo de modelo.

-Hola preciosa -le dijo-. ¿Qué tal has pasado el día? Ya veo que los estudiantes te hicieron una liposucción.

Acompañó el saludo con una especie de reverencia y volvió a beber.

-Pronto nos separarán. Ya sabes que no os podéis quedar mucho tiempo aquí, enteros al menos. Así que tenemos que aprovechar este tiempo juntos.

Dicho esto, dejó la licorera sobre una mesa cercana y con el dedo índice repasó la silueta de sus labios en rigor mortis.

-Mírate. En vida jamás me hubieras dirigido la palabra, y ahora tienes suerte de que yo te haga caso. Pero no, no te mereces mi amor. Ya no.

El hombre se quedó unos instantes contemplando el vacío. Después empezó a llevarse una tras otra las camillas hacia la cámara frigorífica. En el transcurso de su último viaje, pisó los cristales de la probeta rota contra el suelo.

-¡Malditos estudiantes! No hacen más que dar trabajo.

Recogió los fragmentos en una bolsa de basura y con ésta en las manos, se marchó, no sin antes despedirse de sus amigos.

-Lo dicho. Hasta mañana.

En la mesa, olvidada de todos, goteaba la licorera.

Tras un rato sin escuchar nada, Julieta y Fedra se atrevieron por fin a salir. La visión de aquel hombre y su actitud de extrema cercanía a los cuerpos con seguridad se les quedaría grabada en la retina para el resto de la vida. En un instante habían descubierto el submundo de Ciudad Universitaria.

-Terminemos de una vez y salgamos de aquí. Necesito darme una ducha de las que duran siglos.

Julieta asintió con la cabeza pero no se puso a trabajar de inmediato. Necesitaba un minuto para tranquilizarse, para aclarar ideas y sobre todo, para que la mano con la que iba a dibujar la firma del profesor, dejara de temblar.

Pasado ese minuto recuperó la sangre fría y sentada de nuevo en la mesa del profesor se puso a copiar la rúbrica. Dibujar le relajaba, aun en situaciones como aquella, le abstraía. Le permitía dissociarse del mundo real y entrar en un universo de curvas, luces y sombras en donde encontraba su verdadero yo. Por eso se sobresaltó al escuchar la puerta del laboratorio.

Fedra también dio un salto. Su mente había volado, no a un mundo tan teórico como el de su compañera, pero su mundo al fin y al cabo. Un pequeño rincón al que solo se permitía entrar muy de vez en vez: cuando sentía que no había peligro como en la oscuridad al oír la respiración de Julieta en la cama vecina; o como ahora, que el peligro era tal que ya qué más daba contenerse.

En la puerta estaba el celador. Aunque al principio se extrañó y casi se asustó al encontrarse con las dos estudiantes, el tiempo pasado sin beber le había despejado la mente y tras ver la pila de exámenes pronto entendió qué era lo que estaba ocurriendo. Aquellas dos chicas estaban solas, solas y a su disposición. Cerró la puerta con llave y dejó resbalar su mirada lasciva por el cuerpo de las estudiantes. Mientras lo hacía, Julieta sintió la repugnancia de cien babosas subiendo por su espalda.

-Déjenos salir de aquí -Fedra rompió el silencio.

-No puedo. Soy el celador y tengo que dar aviso de que hay dos ladronas en el laboratorio de medicina y por lo que veo -dijo señalando a los exámenes- vais a tener que dar muchas explicaciones. A menos claro...

-¿A menos qué?

-A menos que tengáis prisa. Para salir solo tenéis que coger la llave.

Mientras decía esto señaló el bolsillo delantero del pantalón donde no solo se marcaba la silueta de las llaves.

-Creo que preferimos dar explicaciones, gracias.

La mirada del celador se endureció.

-Creo que no me habéis entendido. Como celador debo dar aviso, pero no he dicho que vaya a hacerlo. No sé cuánto tiempo lleváis escondidas en este laboratorio ni qué es lo que habéis visto. Así que no os vais a ir así de fácil. Al menos estaréis un rato conmigo y haréis lo que yo os diga.

El hombre empezó a acercarse mientras que las dos chicas le rehuían dando cortos pasos hacia atrás. Se enfrentaban a un cincuentón de pelo ralo, sonrisa amarillenta y muy, muy corpulento. Julieta calculó que ni uniendo fuerzas podrían con él, pero aún así, al chocar la espalda contra la pared, cogió una probeta de la estantería cercana y se la lanzó a la cara.

El cristal le estalló sobre la frente y un pequeño hilo de sangre comenzó a recorrerle la sien. Lejos de amedrentarlo, aquello le excitó. Se llevó un dedo a la mejilla y tras mirarlo por un breve instante, dijo:

-Queréis por las malas, pues por las malas será. Creo que ya me habéis visto con mi amiga así que poco me importa si estáis conscientes o inconscientes.

Fedra ya no tenía más espacio para huir ni nada más que arrojar. En la cara de Julieta se reflejaba el horror mezclado con la repugnancia. ¿Qué hacer? Había que pensar rápido.

Julieta tomó a su compañera por la cintura y la atrajo hacia sí hasta que sus labios chocaron. Fedra la miró pasmada, pero al instante entendió. El celador se había parado en seco y las observaba con ansia. Esto les permitió ganar tiempo. Tiempo no sabían para qué, pero tiempo al fin y al cabo.

